

## UNA APROXIMACION A MARTIN FIERRO

Por RUBEN CALDERON BOUCHET (\*)

El título no promete mucho y se detiene un poco vacilante en el umbral de un poema que ha sido examinado con la lupa de los gauchólogos, gauchófilos, gauchistas, gauchófonos y hasta gauchudos; si se me permite el uso de este término que navega a dos aguas entre el gaucho y el tonto que lo remeda.

Sin entrar en ninguna de estas categorías; nacido y criado en lo que quedaba de una vieja estancia, mis conocimientos sobre el tema se limitan a una asidua lectura del Martín Fierro y a los recuerdos de una experiencia que se hunde en el brumoso terreno de la nostalgia.

Como se trata más de un saber vivido que aprendido en los libros, mis reflexiones pueden completar el cuadro en el que se mueve el profesor de literatura cuando expone acerca del poema; refiriéndose al marco histórico que lo explica.

Martín Fierro es un gaucho. Aquí tropezamos con la primera dificultad que ofrece la manera particular que tienen los argentinos para designar ciertas variedades tipológicas de su fauna social. ¿Qué es un gaucho? ¿Señala un talante temperamental, una condición social o, como quieren algunos, el producto un tanto híbrido del español y el indio que no ha logrado encontrar un sitio en el orden de convivencia moderno? Asuntos todos que aparecen en las consideraciones de los que han estudiado el poema.

Dejando de lado la cuestión del mestizaje, que carece de importancia en la Argentina, la palabra apunta fundamentalmente a una forma de ser, a una condición «nobiliaria» de quien soporta el adjetivo. Gaucho se dice del que se tiene bien a caballo, del que es capaz de soportar con estoicismo «los desaires con que lo trata la suerte», del buen amigo siempre dispuesto al servicio sin esperar retribución.

La palabra es muy vasta y obtiene su preciso sentido de la ocasión en que se emplea. Martín Fierro lo dice sin exagerar su claridad semántica:

---

(\*) Universidad Nacional de Cuyo (Argentina).

*Soy gaucho y entiendaló  
como mi lengua lo explica  
para mí la tierra es chica  
y pudiera ser mayor;  
ni la víbora me pica  
ni quema mi frente el sol.*

Se sostiene en un talante, una cierta impavidez con respecto a la intemperie y un individualismo estoico que los españoles que llegaron a este pueblo añadieron al que tenían por temperamento. Mestizo o criollo de pura estirpe hispánica, el gaucho es cristiano y siente la herencia de este esfuerzo por conquistar la tierra donde mora el «infiel».

Sarmiento (1) aconsejaba no ahorrar sangre de gauchos en el combate contra los indios. Veía en ellos una actitud decididamente contraria a la Argentina anglosajona que vislumbraba en el porvenir de la historia. Argentina vivió una división muy aguda y conflictiva entre la burguesía ilustrada y lo que quedaba en la campaña del antiguo espíritu de la conquista.

Los caudillos del interior encarnaban a su manera los ideales de los viejos hidalgos. Ciertos de enfrentar un poderoso enemigo, pelearon el buen combate sin grandes esperanzas y con la fiereza del que defiende un bien preciado: «Religión o Muerte», rezaba el emblema de Facundo Quiroga (2).

Para observar en medio de los grandes conflictos de la historia nacional el nacimiento de la catadura gauchesca, es preciso no perder de vista al Hidalgo. Ese hidalgo consumido en el titánico esfuerzo de la conquista y al que las luces del siglo le han arrebatado su condición de «hijo de algo», para convertirlo en un huérfano que necesariamente tiene que morir soltero.

Pero volvamos a Martín Fierro y tratemos de ubicarlo en el contexto social de su época. Los sociólogos marxistas quieren que haya sido un peón y que todo el poema de Hernández respire una calculada acusación contra el régimen opresivo de lo que se llamó la «oligarquía vacuna». Esta explicación sumaria deja de lado el texto del poema para perderse en el laberinto de las interpretaciones apriorísticas.

---

(1) Sarmiento, Domingo Faustino (1811-1888). Si existiera un santoral laico, como el que soñaba Augusto Comte, Sarmiento sería el santo patrono de nuestro país y bajo su admonición protectora nos hubiéramos convertido todos en rubios protestantes, mejorando las condiciones de nuestro mal origen. Luchó contra todo lo que él era por su atavismo y, aunque le hubiera gustado escribir en inglés, escribió una prosa incorrecta pero expresiva y vigorosa en un español algo galicado. Facundo Quiroga fue su bestia negra y lanzó contra él un libelo: «Facundo», que se hizo justamente famoso por su mala fe y su fuerza agresiva.

(2) Quiroga, Juan Facundo (1790-1835). Encarnaba todas las virtudes y los defectos de la raza: era valiente hasta el descuido y genial improvisador en todo cuanto se refería al arte de la guerra. Murió asesinado en Barranca Yaco cuando se dirigía a Buenos Aires para tratar con Juan Manuel de Rosas asuntos referentes a la Confederación Argentina.

Muchas tierras de la provincia de Buenos Aires fueron repartidas entre los soldados que habían luchado en las guerras de la Independencia o contra el Brasil. Hombres de viejas familias criollas que abandonando sus predios provincianos habían templado su coraje en las contiendas civiles como jinetes, ya oficiales o tropa, recibiendo en pago de sus méritos una vida de zozobra en los límites con el infiel.

Fronteras del Salado, región de maloqueos (3), en las que antiguos soldados siempre en alerta de combate criaron un rodeo o una tropilla sin que pudieran fijar con precisión los límites de su hacienda.

Martín Fierro debió descender de uno de ellos; posiblemente dueño a título precario de algún rancho sin pretensiones y acaso de una extensión de terreno que nunca fue fijada en un registro dominial. Esto explica la facilidad con que perdió su hacienda y encontró su casa convertida en una tapera al retorno de su paso por el ejército.

No se dice que estuviera casado, todo hace suponer que vivía «acollarado» con una mujer con la que tuvo dos hijos y a la que fácilmente perdonó el que se hubiera arrimado a otro cuando tuvo que dejarla por su incorporación a las filas.

Hombre divertido y a sus horas un poco poeta y guitarrero. Si bien el poema no señala ningún hecho de sangre antes de su pelea con el Moreno, surge que sus relaciones con la Policía no debieron ser nunca muy cordiales por el especial encono que ésta puso en mandarlo para la frontera. Con fina picardía guarda un dicho cuyano memoria de estos procedimientos: «Ahí van unos voluntarios, devuelvanmé las maneas».

La vida de estos pastores de ganado era dura y alegre. Martín Fierro refiere que el trabajo era una «junción», resultaba entretenido como una función de circo: enlazar y pialar reses o yeguarizos «campo ajuera», tarea en que cada mozo demostraba su destreza y su conocimiento de las cosas camperas. Faenas a campo abierto, sin alambrados ni mojones, en las que por supuesto no preocupaba demasiado que los animales fueran de unos o de otros, ni que hubiera alguna disputa por haber puesto la marca en el anca de un novillo ajeno.

En oportunidad que estaban de «balde» en la pulpería, cayó la partida y registró unos cuantos «voluntarios», entre los cuales, y prolijamente maniatados, le tocó al turno a Martín Fierro.

Fue el comienzo de un descenso «ad inferos» que Martín Fierro había de sobrellevar hasta su desertión y posterior fuga, junto con el gaucho Cruz, donde moraban los infieles.

---

(3) El Salado es un río que atraviesa casi toda la provincia de Buenos Aires, desde las lagunas de Gómez y Mar Chiquita hasta la Bahía de Samborombón. Su cuenca está constituida por bajos y cañadones fácilmente inundables en tiempo de lluvias. Era un límite pero no un obstáculo y en casi todas sus partes se podía atravesar a caballo sin ninguna dificultad. El indio asolaba las poblaciones limítrofes en guerrillas llamadas malones o maloqueos.

Muchos han visto en la trama del poema la clara intención cristiana de mostrar la caída y la redención de un hombre a través de un periplo que marca las gradaciones de este itinerario como un verdadero vía crucis. Pero esto no le sucede a un hombre de baja condición, sino a un hombre noble, a un hidalgo que redescubre su hidalguía y su cristianismo al enfrentarse con las situaciones límites de tener que defender a un indio que quería ser cristiano y a una cautiva atormentada por su despótico raptor.

La costumbre de ver en Martín Fierro al humilde proletario perseguido por el poder abusivo de policías y militares puede hacer aparecer nuestra opinión como un poco arbitraria, «abusos siempre hubo y el hombre abusa todo lo que puede, sólo no abusan los que no pueden», dice un dicho criollo. Las cosas a su quicio, no es el abuso el que hace a la condición de Martín Fierro sino su orfandad. Estaba de fiesta y se dejó atrapar por los hombres del juez junto con otros que no quisieron o no atinaron a escapar, sólo a uno de ellos resiste la leva por los ruegos de la patrona del lugar.

Y esto nos pone bajo la advertencia de otro dicho muy nuestro: «el que no tiene padrinos muere infiel». Si Martín Fierro hubiera sido peón o puestero de una estancia, el dueño hubiera intervenido en su favor y probablemente su suerte hubiera sido otra. Pero no tenía patronos, es decir, padrinos, y como debía suceder, murió infiel.

Otro dato que brega por lo que venimos afirmando. Cuando volvió a sus pagos después de tres años de servir en la milicia y sufrir horrores del más completo abandono, no halló ni rastros del rancho, «sólo estaba la tapera». Sin duda, la casa, aunque humilde, era de él. De otro modo el patrón se hubiese cuidado de mantenerla en su sitio para que sirviera de morada al inevitable sustituto.

*Al dirme dejé la hacienda  
que era todito mi haber;  
pronto debíamos volver,  
según el juez prometía,  
y hasta entonces cuidaría  
de los bienes la mujer.*

Señalamos que muchos de estos campos que habían sido dados en propiedad a los viejos soldados, tenían títulos precarios o fundados únicamente en la capacidad del dueño para hacerlos respetar. He conocido muchos descendientes de antiguos propietarios que perdieron todos sus bienes en una sucesión litigiosa y terminaron sus días conchabados como peones o, en el mejor de los casos, haciendo fletes con un carro y una docena de caballos que le quedaron.

¡Eran hombres libres y gente de buena raza! El gaucho Cruz lo dice cuando nos cuenta su desgracia en la casa donde estaba de fiesta y ante las provocaciones de un cantor que hizo algunas referencias irónicas a su condición de hombre abandonado por su mujer:

*Se secretiaron las hembras  
y yo ya me encocoré:  
volí el anca y grité:  
«Dejá de cantar chicharra»  
y de un tajo en la guitarra  
tuitas las cuerdas corté.*

*Al grito salió de adentro  
un gringo con un jusil:  
pero nunca he sido vil,  
poco el peligro me espanta:  
ya me refalé la manta  
y la eché sobre el candil.*

Conviene en estos versos señalar dos cosas; la primera es una expresión muy criolla del jinete que desmonta su cabalgadura: «volí el anca», que aquí hace referencia al acto de apartarse de la mujer con la que está bailando para encarar al mal hablado. La segunda señala su condición de hombre de armas: «pero nunca he sido vil, poco el peligro me espanta». Señalar ante españoles este significado castizo de la expresión «vil» me parece obvio, y no tenerse por vil es tenerse por noble en el cabal sentido del término. No olvidemos que la palabra delata un talante y ésta tiene una raíz zoológica claramente denotada por el uso. De un hombre bien no decimos que se defendió como un gato entre la leña, sino como un león.

Martín Fierro era propietario y no peón. Lamento tener que quitarle el privilegio de ser un pobre diablo. Era un patrón modesto pero patrón al fin, y él mismo lo dice con palabras que no se prestan a equívocos. Habiendo perdido todo y sintiendo como una injusticia el despojo de sus bienes, aflora en su temperamento la veta peleadora que indudablemente había heredado de sus mayores.

En ocasión de una fiesta y habiendo tomado unos tragos más allá de la medida prudente, se las tomó con un negro que había llegado al baile con su pareja en el anca del caballo:

*Al ver llegar la morena  
que no hacía caso a naidés,  
le dije con la mamúa:  
«Vaca...yendo gente al baile».*

La negra era mujer altiva y le replicó con un duro: «más vaca será su madre». El demonio de la provocación se había apoderado de él y viéndola dueña de un contoneo provocativo en el que las negras sobresalen mucho más que las indias,

añadió un piropo decididamente obsceno que el negro no podía dejar pasar sin menoscabo para su prestigio.

*Había estado juntando rabia  
el moreno dende ajuera;  
en lo oscuro le brillaban  
los ojos como linterna.*

*Le conoxt retobao (enojado)  
me acerqué y le dije presto:  
«Porrudo...que un hombre sea  
nunca se enoja por esto».*

Los duelos criollos son cortos y crueles, duran apenas unos segundos y el resultado es siempre una puñalada mortal o un tajo rápido que deja al contrincante con las tripas en las manos y en muy malas condiciones para continuar el combate. En este caso terminó con la vida del moreno: «Nunca me puedo olvidar de la agonía de aquel negro».

*Después supe que al finao  
ni siquiera lo velaron,  
y retobao (envuelto) en un cuero  
sin rezarle lo enterraron.*

Esta fue su primera caída, la menos perdonable de todas, y sin ningún atenuante que pudiera servir para su defensa. Su segunda pelea tiene sus disculpas. En opinión de los paisanos, «mató bien», en pelea leal, con un hombre que lo había provocado sin otro motivo que una presencia acaso conflictiva y que invitaba al desafío. La descripción es muy gráfica, con un movimiento rápido de periodista avezado en la crónica policial:

*Se tiró al suelo; al dentrar  
le dio un empellón a un vasco  
y me alargó medio frasco  
diciendo: «Beba cuñao».  
«Por su hermana, contesté,  
que por la mía no hay cuidao».*

Esta corta retribución de atenciones con respecto a la hermana de uno y de otro era más que suficiente para demostrar que uno de los dos tenía que abandonar su cuero en un lance que no admitía más conversación. El potencial cuñado de Martín Fierro quedó con las tripas entre los dedos.

Sigue una larga queja sobre la suerte del gaucho perseguido que termina en el encuentro final con la partida policial que viene a buscarlo. Martín Fierro sabe que no tiene otro camino que entregarse y podrirse en un sórdido calabozo o jugarse la vida en un combate desigual de uno contra diez. Allí se encuentra con Cruz que abandona su condición de policía y se une al gaucho perseguido. Su instinto guerrero advierte en Fierro un hombre de su misma especie.

La intención de José Hernández es doble, por un lado apunta al gobierno de los que sucedieron a Rosas y llevaron contra los criollos una política de exterminio rayana en el genocidio, por otro buscaba en el gaucho el retorno a las virtudes cristianas y a las buenas costumbres que habían perdido en los azares de las guerras.

Martín Fierro y Cruz, atraídos por el espejismo de una libertad salvaje endezazan sus destinos al territorio indio, en cuyas tolderías, lejos de lo esperado, los guarda la experiencia de la infernal crueldad de los infieles.

Descubren juntos la definitiva pertenencia a la cristiandad que habían abandonado conducidos por una voluntad anárquica y de la que habían sido arrojados por un gobierno que encontraba más fácil eliminarlos que asimilarlos.

No fue la intemperie ni el abandono físico los que le hicieron recordar con nostalgia la sociedad de sus paisanos. Estaban acostumbrados a las durezas del clima y a los rigores del desierto, pero nunca pudieron aceptar la condición inhumana de la bárbara fiereza con que los salvajes se trataban entre ellos y trataban a sus cautivos. En cuanto los dejaron un poco libres «hicieron como un bendito con dos cueros de bagual», se refugiaron a la orilla del riacho para vivir de la caza y de la pesca sin mezclarse demasiado con la turba indígena cuyas costumbres y suciedad aborrecían con toda el alma.

Allí los sorprendió una epidemia de viruelas que diezmó la población de los pampas. El que no moría de peste, moría por los remedios que le aplicaban las brujas, no tanto para curarlos, como para matar el mal que se propagaba. Recuerda con un resto de ternura a un gringuito cautivo «que siempre hablaba del barco, lo ahugaron dentro de un charco por causante de la peste, tenía los ojos celestes como potrillito zarco».

Entre los indios había uno que se había mostrado más humano y en razón de esta disposición amable quería hacerse cristiano. Como contrajera la viruela y los otros querían matarlo, Cruz y Fierro lo defendieron con peligro de sus propias vidas arrebatándolo de las lanzas.

*A su lado nos tenía  
cuidándolo con paciencia,  
pero acabó su existencia  
al fin de unos pocos días.*

Cruz que había sido el primero en condolerse por la suerte del indio se contagi<sup>ó</sup> del mal y cay<sup>ó</sup> gravemente enfermo. Murió en los brazos de su amigo cuya aflicción se aumentaba por no saber una oración para ayudarlo a bien morir.

*Y yo, con mis propias manos,  
yo mismo lo sepulté;  
A Dios por su alma rogué,  
de dolor el pecho lleno,  
y humedeció aquel terreno  
el llanto que redamé.*

Solo, en medio de los salvajes, el deseo de volver a sus pagos lo tironeaba con fuerza. Comenzaba a hacerse a la idea de fugarse, cuando el destino lo puso en una de esas situaciones en que su condición de cristiano y de hombre noble no le dejó otra opción: Jugarse la vida en una pelea a muerte contra un pampa que después de haber degollado al hijito de una cautiva la estaba castigando con implacable ferocidad.

*Era una infeliz mujer  
que estaba de sangre llena,  
y como una Madalena  
lloraba con toda gana;  
conocí que era cristiana  
y esto me dió mayor pena.*

Se acercó cauteloso, hasta ponerse casi a la vista del indio que lo observó con fiereza descubriendo rápidamente la intención que dirigía el coraje de Martín Fierro. No me resisto a la idea de intercalar aquí una reflexión que se impone a todo aquél que considera que el culto al valor constituía una de nuestras características nacionales. En primer lugar no prima la pericia en el manejo de un arma, como sucede en los héroes del cinematógrafo americano, sino la serenidad, el dominio en sí mismo y la razón que ordena el combate. Se me ocurre tomar como ejemplo, un pasaje de Don Segundo Sombra (4) que ilustra con vigor este rasgo: Favio advierte a Don Segundo que el «tape» Burgos lo espera en la oscuridad con la intención de matarlo, Don Segundo no se inmuta, acostumbra su vista a la noche y se desliza contra la pared sin un gesto de premura. Ve venir la puñalada y la esquivo con un preciso movimiento del cuerpo de manera

---

(4) Don Segundo Sombra, más que una novela, es un poema en prosa escrito por Ricardo Güiraldes (1886-1927) e inspirado en la figura de un gaucho, don Segundo Ramírez, a quien frecuentó en su estancia de San Antonio de Areco, hoy convertida en un visitado museo gauchesco.



que el cuchillo de su adversario se rompe contra el muro de la pulpería. Recoge con ironía los pedazos del arma y se los tiende al asesino, diciendo con voz pausada:

«Tome amigo, hágalo arreglar, tal vez le sirva para carnear borregos».

Y cuando el tape Burgos se despide, abrumado por el peso de aquella serenidad imperturbable, Don Segundo comenta sonriente:

«Parece medio pavote ¿No?»

El combate de Martín Fierro con el indio no comienza con esta serenidad de friso griego. Es una pelea terrible y por momentos el héroe parece sucumbir ante el fiero empuje del salvaje. En este trance lo salva la intervención de la cautiva que se lo saca de encima tomándolo de los cabellos.

*Esa infeliz tan llorosa  
viendo el peligro se anima;  
como una flecha se arrima  
y, olvidando su aflicción  
le pegó al indio un tirón  
que me lo sacó de encima.*

Aquí es donde nuevamente aparece la clara noción de fortaleza serena contra la violencia salvaje:

*Cuando él más se enfurecía,  
yo más me empiezo a calmar;  
mientras no logra matar  
el indio no se desfoga  
al fin le corté una sogá  
y lo empecé a aventajar.*

Se entiende por sogá la trenza de cuero crudo que enlaza las tres bolas del arma que esgrime el indio. Al quedarle solamente dos, las boleadoras pierden parte de su eficacia agresiva y el facón recobra todo su prestigio. Los criollos no entendían mucho el valor de las armas de fuego que en una lucha cuerpo a cuerpo no suelen tener la pronta seguridad de la daga. Lo dice Fierro antes de su entrevista con el indio: «eché mano dende luego, a éste que no yerra fuego y ya se armó la tremenda».

Mucha tinta ha corrido en torno a la vuelta de Martín Fierro con la cautiva, no faltando los «erotólogos» que vieron perfilarse un romance. Antes de hacer trabajar la imaginación un poco obsesionada por el sexo y la violencia, conviene atenerse al texto del poema sin meter en él la salsa de nuestras costumbres. El gaucho, pese a su virilidad, es hombre generalmente casto y, en ocasiones, misógino. Existe un «estilo» que se cantaba en el campo cuando yo era chico, en el

cual un paisano le ofrece al indio todo lo que tiene, incluso su querida, a cambio del caballo «pangaré» que el indio le robó dejándolo «tuita la vida de a pié».

Contra esta misioginia un tanto brutal del soldado y del pastor de ganado vacuno se levanta José Hernández en nuestro poema, sabe que es un defecto demasiado común que hay que combatir para desarrollar en él el espíritu de familia. El «Viejo Vizcacha», abusivo tutor del más chico de los hijos de Fierro, es el eco estridente de esta disposición del ánimo gauchesco:

*Es un bicho la mujer  
que yo aquí no lo destapo  
siempre quiere al hombre guapo  
más fijate en la elección  
porque tiene el corazón  
como barriga de sapo.*

Lo curioso, en la pedagogía de Martín Fierro, es que prendieron más los malos consejos y las admoniciones estoicas que las incitaciones virtuosas. Siempre oí, en boca de los paisanos de mi tierra, repetir más los consejos de Vizcacha o las fanfarronadas del propio Fierro, que las buenas exhortaciones de José Hernández. No olvidemos que la palabra «joder», que en buen español significa fornicar, en la Argentina quiere decir embromar y este cambio de significado referido a las relaciones del varón con la mujer es extrañamente denotativo del carácter que asume la cópula cuando es obtenida por engaño y sin ánimo de aceptar ninguna responsabilidad.

No discutimos que «Martín Fierro» es un alegato contra los gobiernos liberales que se sucedieron a la caída de Rosas, pero es una protesta sin intención clasista, no se defiende al «gaucho» porque es un proletario, se lo defiende porque ha sido despojado de las propiedades que bien o mal adquirió él o su familia y a los que una mala justicia distributiva dejó indefensos en manos de funcionarios abusivos.

Hernández advierte que estos hombres tienen que ser integrados a la Nación mediante una legislación que respete sus derechos y tenga en cuenta su calidad de hombres libres, de otro modo se corre el riesgo de verlos convertidos en delincuentes o perdurar como rezagos inservibles en los prostíbulos de Lobos, de Barracas, de Avellaneda o de Rosario.

Vate y profeta, José Hernández, cantó la pena de un país que cortaba las últimas amarras de un pasado de nobleza y coraje que perduraba brutal en el gaucho, fatal cliente del reclamo guerrero, del destino sangriento, del oficio quemante. Cruz y Fierro.

Aquella resaca triste que anunció el poeta es la que vimos los que fuimos «gramilla de las orillas del tiempo aquel», y que Borges cantó en versos perdurables en los que vive su nostalgia de argentino viejo.

*Una mitología de puñales  
lentamente se anula en el olvido;  
una canción de gesta se ha perdido  
en sórdidas noticias policiales*

.....

*Oscuro y lateral vivió sus días,  
se llamó Isidro, Nicanor, Amalio.*

.....

*Murió en el Paraguay; murió en los atrios,  
murió la numerosa muerte pública  
del hospital; murió en los pendencieros  
burdeles de Junín, murió en la cárcel.*

Ricardo Güiraldes lo vió pasar como una sombra: «algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que me atraía con la fuerza de un remanso...». Al final del libro, cuando la «sombra» se desvanece en el horizonte, «sobre el punto negro del chambergo, mis ojos se aferraron con afán de hacer perdurar aquel rezago».

A mí también, como a Favio de «Don Segundo Sombra» se me ha nublado un poco la vista y abandono estas reflexiones, antes que se conviertan en llanto, porque el dolor de la Patria sólo se alivia con el verso o las lágrimas y yo tengo muchos hijos y demasiados nietos para llorar sin fin nuestra trágica historia.

